

2

**El Libro "CRISTOBAL COLÓN:
GÁNESIS DEL GRAN DESCUBRIMIENTO"
del Dr. PAOLO Emilio Taviani**

Juan Cordero Iñiguez

EL LIBRO "CRISTOBAL COLÓN: GÁNESIS DEL GRAN DESCUBRIMIENTO", DEL DR. PAOLO EMILIO TAVIANI

Dr. Juan Cordero Iñiguez

Cuenca es una de las primeras ciudades, dentro del mundo latinoamericano que inició la celebración del V Centenario del encuentro del Viejo Mundo con el Nuevo, con actos culturales, al comenzar la década de 1983 a 1992.

En esta oportunidad, con ocasión de la visita dispensada a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Sede en Cuenca, por parte del Dr. Paolo Emilio Taviani, Presidente del Comité de Asuntos Exteriores del Senado Italiano y destacado historiador, especializado en el "Descubrimiento" de América y en su figura central, he preparado un breve análisis de su fundamental libro "Cristóbal Colón: génesis del gran descubrimiento", para tener un mejor conocimiento de aquello que Francisco López de Gómara llamó "La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió ..."

Dice el Dr. Taviani en su obra citada: "si toda la vida de Cristóbal Colón fue una novela, aún más extraña y complicada ha sido la novela que las polémicas han tejido en torno a su nacimiento". Y tiene toda la razón, pero quizá deba hacer aquí una ampliación: la polémica no sólo se ha centrado en tan alta figura, sino que se ha extendido a toda la historia de América a partir del descubrimiento del marino genovés. Y las discusiones no sólo se han extendido a los grandes personajes como el mismo Colón, Américo Vespucio, Cortés, Los Pizarro, Benalcázar, Fernández de Oviedo, Bartolomé de las Casas, Juan Ginés de Sepúlveda, Palacios Rubios, Los Reyes Católicos y sus sucesores, Francisco de Vitoria, Garcilaso de la Vega, etc., figuras cimeras de primera línea; sino también se han extendido a todas las instituciones instauradas a lo largo del período del dominio y colonización españoles como las capitulaciones, la encomienda, la mita, los repartimientos, el sistema tributario, la administración peninsular y territorial, el mismo Derecho Indiano visto en su integridad. Mirando globalmente la afirmación sigue vigente: ¿Acaso no existen y se definen hoy con igual pasión la leyenda negra y la leyenda dorada?

Este carácter polémico de nuestra historia ha sido novedoso y atrayente dentro del contexto general del estudio de la historia universal y sus consecuencias han sido positivas, en muchos casos, porque ha permitido profundizar más para conocernos mejor y hasta influir en la toma de decisiones como en el caso de la Junta de Burgos, de las Relecciones de Vitoria o de la polémica Sepúlveda-Las Casas. Igualmente, nos ha hecho reflexionar que junto al dato buscado científicamente está la opinión del historiador quien vive en una circunstancia concreta y tiene sus propias categorías y valores con los cuales puede juzgar el hecho histórico dentro de una amplia óptica interpretativa.

Es lógico suponer que la primera figura de la historia moderna de América sea, pues, muy discutida y por cuyo estudio hayan dedicado una buena parte de su vida personas de elevada estatura intelectual y política, como el Dr. Taviani, quien confiesa que se ha entregado por más de cuarenta años al estudio, investigación, meditación y divulgación de la génesis del Descubrimiento y de su principal y obstinado protagonista: Cristóbal Colón.

El Dr. Taviani es hoy el mejor especialista en ese período. Para llegar a serlo, a más de todo lo dicho, tuvo que viajar a donde había llegado Colón antes y después del Descubrimiento. "Le dediqué -nos dice- muchos viajes y excursiones a Liguria, Pro venza, Córcega, Cerdeña, Sicilia; a Quíno, a Túnez; a Portugal -Lisboa, Sagres y Lagos-; a Londres y a Bristol. A España -Palos, Moguer, Córdoba y Sevilla-; a Galway en Irlanda; a Islandia-Reykjavik, Hvalfjörður, Ryedarfjörður y Akureyri, a Madera, Puerto Santo, las Canarias, Cabo Verde y las Azores; a Senegal y a la Mina de Guinea; a donde quiera que Colón haya estado, antes y después de la concepción de su gran proyecto". Y sabemos también que ha recorrido las cuatro rutas colombinas de sus viajes al Nuevo Mundo. Así, uniendo ciencia y experiencia ha llegado a ser el más versado colombinista. Pará ello, el peso de una pasión positiva fue fundamental. El mismo nos confiesa: "Éstas páginas han sido pensadas y escritas con amor. Amor por la gran figura de Colón, por su patria: Génova e Italia; por la gran nación protagonista de la empresa colombina: España; por la Cristiandad -que así se llamaba entonces a Europa- y por el Mar Océano, que fue la verdadera patria de la concepción y de la génesis del gran descubrimiento".

Su investigación está sistematizada en breves exposiciones que llevan un título preciso y que se sustentan en una serie de fichas que van al final de la obra en las cuales se puede apreciar la sabiduría del autor: notas, extractos de libros, bibliografía, etc.

Esta dilatada y profunda especialización, sin embargo, sólo se centra en una parte de la aventura colombina: el origen del gran proyecto, su afianzamiento hasta llegar a ser algo indudable e irrefutable en su mente y en las acciones tomadas para conseguir apoyo, autorizaciones y colaboración de marinos que quieren lanzarse a despejar una incógnita.

En el libro se discurre con datos, argumentos y razonamientos de lógica deducción sobre la ciudad natal de Colón, dejando cerrada esa larga e inútil discusión que preocupó a tantas personas sobre todo en este último siglo. Distingue entre las razonables hipótesis de un Colón castellano o catalán y aquellas que son como "grotescas fantasías" de presentarlo como griego, inglés, francés, corso, suizo o portugués. El tema está superado hasta tal punto que en un Congreso de especialistas sobre la materia reunido en Madrid en 1981 "todos estuvieron absolutamente de acuerdo, sin lugar a ninguna duda, de que Colón era genovés". Taviani aclara, además, que tampoco era judío porque su padre tuvo actuaciones políticas en Génova, lo cual no era compatible con tal nacionalidad.

La fecha del nacimiento de Colón está entre el 25 de agosto y el 31 de octubre de 1451, sin que haya como fijar un día preciso dentro de este lapso. En la obra se amplía la información sobre sus antecesores, sus familiares más cercanos, sus primeros años infantiles y juveniles y se pone énfasis en aquello que distinguió a Colón y sobre lo que no se ha discutido: su vocación y su experiencia marinera. Esta vivencia comenzó muy temprano. Es en el mar donde "los genoveses desarrollaban libremente su energía, desahogaban la fantasía, ejercitaban la inteligencia, estrechaban relaciones con gentes cercanas y lejanas"... Cristóbal comenzó a navegar entre los años 1465 y 1470 y "según sus propias afirmaciones aprendió la ciencia marítima por medio del contacto directo con el mar y a través de las narraciones y enseñanzas de los viejos pilotos y expertos navegantes".

El profesor Taviani nos lleva, con la naturalidad y la espontaneidad de un sabio, por dos caminos simultáneamente: uno geográfico y otro mental. Recorriendo el primero descubrimos el amplia área conocida por Colón con Quífo, una islita griega que está en las puertas del oriente, fascinante para la mentalidad económica de un genovés, en el un extremo y con un dilatado abanico en el otro -en el Océano, el único conocido por los europeos en esa época-, con límites que por el Sur superan la línea ecuatorial y por el Norte llegan hasta más allá de Islandia. El otro camino, el mental, nos conduce a concluir que toda esa experiencia, unida a los conocimientos científicos

difundidos en el último tercio del siglo XV le hicieron ver claramente a Colón que era lógico, natural y hasta obvio que la Tierra era redonda y que se podía llegar a la India, a Catay y Cipango, enrumbando siempre la proa hacia Occidente, movidos más que por el viento que henchía las velas, por la voluntad de develar los misterios de un mar no descubierto por ningún navegante todavía, como lo diría un poeta nuestro. Colón desbordó con su inmensa alma los límites del océano, puso voluntad firme e inquebrantable para demostrar realmente lo que en su mente era un hecho y, sin ningún otro secreto, se lanzó con tres frágiles carabelas a la inmortalidad. Sólo en esto, sencillamente, está el genio del genovés, reconocido por la humanidad y demostrado con el mayor acopio posible de datos, por el doctor Paolo Emilio Taviani.

¿El Descubrimiento de América es un acto genial de un hombre medieval o de un hombre renacentista? ¿Es el logro de un predestinado que tuvo una gran intuición o de un experto marinero que conoció como tantos otros la ciencia de su tiempo y que se aprovechó de la experiencia marinera que cobró notable impulso a partir de los viajes de los hermanos Vivaldi y, sobre todo, de los realizados por los portugueses impulsados por Enrique El Navegante?

Estas y muchas otras interrogantes quedan para la opinión de los historiadores y, probablemente, jamás se logrará un consenso. Peor es el panorama si se analiza el carácter de Colón, sus aspiraciones juzgadas por muchos como desmedidas, sus actuaciones como administrador, su empeño casi obsesivo de no aceptar que la Tierra era de mayor tamaño que el calculado por él (equivalente a sólo las dos terceras partes de lo real) o su ceguera ante la realidad de la continentalidad de unas tierras que arrojaban al mar un volumen de agua tan caudalosos como el río Orinoco.

Ante estos y otros hechos, se ha hablado de varios tipos de descubrimientos. Hubo unos que, si bien se registraron en la Historia, no tuvieron trascendencia, otros que dejaron profundas huellas pero que quedaron en la penumbra de la Prehistoria (cuyos secretos se nos van revelando lentamente), otros de carácter geográfico e histórico con una sucesión ininterrumpida de consecuencias y, en fin, un último tipo que podemos llamarlo de carácter intelectual. De estas consideraciones parte también otra larga polémica. Colón no fue el primer navegante que llegó al Nuevo Mundo. Miles de años atrás hubo todo un reconocimiento de gran parte de nuestras tierras por diversos grupos nómadas asiáticos, melanesios

y polinesios, responsables del poblamiento y de las características etnoculturas básicas de nuestros indígenas desde, por lo menos, unos cuarenta mil años. Es histórico el reconocimiento y el transitorio poblamiento de Groenlandia y Terranova por los Vikingos dirigidos por Eric El Rojo y Leif Ericsson, hijo del anterior, durante el último cuarto del siglo X y principios del siglo XI. Son probables también otros contactos interoceánicos. Entonces, ¿tiene trascendencia lo hecho por Colón?. Para dar una respuesta válida citaré al Dr. Taviani: "en primer lugar, el descubrimiento de Groenlandia y de las tierras cercanas (*terrae finitimae*) no provocó sorpresa alguna, no sacudió la fe ciega de la geografía tolomaica, no acabó con las supersticiones sobre los abismos de los antípodas; no hizo pensar en la posibilidad de que se tratara de un nuevo continente"... "Más allá de Groenlandia tocaron y conocieron otras tierras americanas... pero para ellos no eran más que tierras de Europa... "así el descubrimiento vikingo resultó un descubrimiento perdido". En cambio, después del 12 de Octubre de 1492, ya nada fue igual que antes, todo empezó a moverse con una nueva dinámica hasta el presente. "¿Acaso no es cierto que . el descubridor de América cambió el curso de la historia humana? ¿No es verdad también que cultura y ciencia, política y economía, usos y costumbres y hasta la higiene y gastronomía, toda la vida de Europa y del mundo antiguo han asumido un cariz nuevo? ¿No es cierto, además, que la civilización greco-romano-cristiana, refutada, cuestionada, cuando no asediada o atacada por el Islam, encontró en las dos Américas y más tarde en el apéndice de Oceanía un campo de nueva fructificación y de auge explosivo?"

Dentro de esta temática de descubrimientos, predescubrimientos y redescubrimientos, el realizado por Colón fue incuestionablemente un punto de llegada y un punto de partida. Siguiendo a mi primerísimo maestro y gran amigo Gabriel Cevallos García diré que el descubrimiento definitivo de América se inició un viernes 2 de agosto de 1492 cuando tres barcos menores abrieron un surco profundo en el mar y en la Historia. Su trascendencia es tal que se partieron los hemisferios en dos: un Viejo y un Nuevo y que se pasó de una historia parcial a una historia universal. Hace cerca de cinco siglos el descubrimiento colombino destacó una tormenta de estupor y una cadena interminable de sucesos, de heroísmo, de conocimientos, de ambiciones, de reacomodaciones humanas y de nuevas posturas históricas. El 12 de Octubre se despejó la pesadez de mundos horribles y seres monstruosos y se dio a la Historia y a la Geografía un orden natural y más lógico. Fue el fin de una fábula y el comienzo de una realidad más grande que todos los añejos relatos mitológicos. Sólo ahora se ha meditado con

profundidad de los muchos problemas marítimos, régimen de vientos (que los conoció como ningún otro Colón), corrientes oceánicas, derivaciones magnéticas, situación de los nuevos astros orientadores, manera de fabricar barcos, técnica de navegación, problemas sanitarios, adaptación de la vida a nuevos regímenes climáticos y alimenticios, difusión de nuevos conceptos jurídicos en las relaciones interpersonales e internacionales, etc., etc.

Hay también descubrimientos intelectuales. Uno corresponde legítimamente a otro magnífico geógrafo y cartógrafo italiano, Américo Vespucio. Fue él quien completó el descubrimiento geográfico-histórico de Colón. Rompió con el peso de la tradición, vio con claridad la continentalidad de lo descubierto, su orientación de polo a polo y no de Este a Oeste como el Viejo Mundo y concretó las informaciones geográficas en epístolas y trabajos cartográficos hasta que Europa le premió nominando al continente con su nombre, hecho comentado justicieramente por Roberto Levilier en su fundamental libro "América la bien llamada".

Pero hay otros descubrimientos intelectuales que exigen una nueva postura humanística integral y una nueva forma de pensar que en esa época muy pocos se atrevieron a tenerla: el descubrimiento del hombre americano y su cultura. Uno de los aspectos más complejos de los hábitos mentales es el etnocentrismo, aún en esta época en la que el hombre se ha universalizado tanto. A fines del siglo XV y principios del XVI el etnocentrismo europeo era mayor: las diferencias frente a los otros pueblos se presentaban notorias y fácilmente visibles para todas las clases sociales. El peso del derecho de gentes tradicional era inmenso y la creencia de que la única vía de salvación eterna estaba en la religión católica era casi un dogma.

De las diferencias pasaron fácilmente al concepto de desigualdad. Los vencedores se sintieron superiores y los vencidos fueron considerados como sujetos de esclavitud o, por lo menos, de "encomienda". Mirar a los indígenas de América como vasallos en igualdad jurídica con los indígenas de España, y luchar por su vigencia real fue tarea de pocos, que teológica y jurídicamente demostraron la igualdad sustancial del hombre o que, en términos más amplios, teorizaron sobre la igualdad de las naciones y el derecho de todos los pueblos al libre "comercio", término éste tomado en un sentido muy amplio por uno de aquellos grandes teólogos juristas, el Padre Francisco de Vitoria.

Y en cuanto a la cultura de nuestros pueblos casi todos tuvieron una ceguera total. Sólo excepcionalmente hombres como Fray Bernardino de Sahagún, se atrevieron a investigar las costumbres de los "gentiles" y a narrarlas con cierta objetividad. Han sido necesarios varios siglos para que hoy se opine positivamente sobre el arte, la ciencia, la técnica, la organización administrativa y política de las grandes culturas americanas como la maya, la inca o la azteca o sobre las menos difundidas culturas regionales o cantonales que existieron en cada uno de nuestros países.

Reflexionar sobre el descubrimiento de América, ahora que se acerca el medio milenio de la iniciación de tan magno acontecimiento es bueno por múltiples razones: para volver sobre ese pasado y conocerlo más, para precisar datos y delimitar conceptos, para hacer justicia a personas o países que protagonizaron la empresa; pero también es bueno, si no nos quedamos sólo en el pretérito y pensamos que el estudio de la historia se justifica más si extraemos consecuencias para el presente y las proyectamos al futuro. Para nosotros los habitantes del Nuevo Mundo el estudio y la reflexión deben concretarse especialmente en el indígena americano, en su situación histórica y actual y, sobre todo, en el descubrimiento de caminos para que le llegue la justicia. Frente a las lamentaciones por los despojamientos de ayer y ante la actitud de responsabilizar a los que hicieron la historia colonial, debe estar la toma de conciencia del problema, la búsqueda de soluciones y la acción concreta reivindicadora. De no proceder así, también nosotros seremos juzgados, quizá más duramente, por quienes "historifiquen" la segunda mitad del siglo XX.

Un libro y una personalidad como la del Dr. Taviani suscitan un torbellino de ideas y cuando hay oportunidad de expresarlas públicamente, hay que hacerlo. Y ahora que América y Europa miran hacia 1992, preparémonos para recibir el año centenario con acciones inspiradas en los valores que se empeñaron en difundir con heroísmo hombres que vivieron y murieron por un ideal en los siglos XVI, XVII y XVIII.

LA NUEVA HISTORIA DEL ECUADOR

Enrique Ayala Mora

LA NUEVA HISTORIA DEL ECUADOR

1. ¿Por qué la Nueva Historia del Ecuador?

Para cada pueblo, escribir y reescribir su historia es una necesidad de supervivencia. Más allá de la curiosidad o del prurito de coleccionar recuerdos, está el imperativo de conocer y asumir las propias raíces. Por ello el trabajo histórico es siempre necesario y siempre presente. Y esto no sólo porque cada visión de la Historia se formula a partir de una experiencia concreta actual, sino también y sobre todo, porque el cómo se ve la realidad pasada justifica una postura ideológica y una práctica social en el presente. Josep Fontana es uno de los historiadores que con mayor lucidez ha planteado esta cuestión:

Toda visión global de la historia constituye una genealogía del presente. Selecciona y ordena los hechos del pasado de forma que conduzcan en su secuencia hasta dar cuenta de la configuración del presente, casi siempre con el fin, consciente o no, de justificarla.

Así el historiador nos muestra una sucesión ordenada de acontecimientos que van encadenándose hasta dar como resultado "natural" la realidad social en que vive y trabaja, mientras que los obstáculos que se opusieron a esta evolución se nos presentan como regresivos, y las alternativas a ella, como utópicas. Se ofrece como una averiguación objetiva del curso que va del pasado al presente, lo que suele ser, más bien, un partir del orden actual de las cosas para rastrear en el pasado sus orígenes, aislando la línea de evolución que conduce a las realidades actuales y transformándola en una manifestación del progreso, con fines legitimadores.

Desde luego, esta construcción o reconstrucción de la Historia a partir de aquí y ahora no es, aunque a veces así lo pareciera, una tarea individual, sujeta a los impulsos objetivos del historiador. Es una elaboración colectiva, que se estructura como elemento de una cultura en movimiento, de una

sociedad que se debate entre mantener y reformular sus relaciones constitutivas y sus formas de conciencia. Por aislado que viva el trabajador de la Historia, por contestatario que fuera, por deformación ideológica que supportara, su producto será siempre, de una manera u otra, producto social.

De allí que no exista dicotomía entre el cómo se ve y se hace la Historia y el cómo se ve y se enfrenta la realidad presente. Hay, pues, estrecha coherencia entre la versión que se tiene del pasado y la interpretación que se tiene de la realidad prevaleciente. Y esta interpretación, a su vez, está vitalmente conectada con la postura asumida frente al orden establecido, a sus contradicciones y racionalidades, a su continuidad o ruptura. La Historia va siempre junto con una explicación del sistema de relaciones vigente y junto también a un proyecto hacia el futuro. Un "proyecto social", como Fontana lo llama. Quiere decir que los historiadores, más allá de sus alcances o límites personales, no poseen el don del Dios Jano con sus dos caras, una para mirar el pasado y otra para mirar el futuro. Los historiadores ven siempre con la misma cara el pasado, el presente y el porvenir. Y vale decir que con las mismas manos escarban los despojos del pretérito, trabajan para subsistir material e intelectualmente en la cotidianeidad y construyen la sociedad que creen debe venir.

Vista así la elaboración histórica, aparece nítidamente como una tarea comprometida. Se descubre de este modo la trampa de esos planteamientos pretendidamente científicos y asépticos que separan la visión del pasado, de la postura política. El trabajo histórico es más lúcido y más científico en la medida en que descubre sus propias determinaciones y asume conscientemente su compromiso frente a la realidad prevaleciente.

El entender la Historia como tarea comprometida no es, afortunadamente, ninguna novedad en el Ecuador. El más grande de nuestros historiadores, que no por coincidencia es también uno de los ecuatorianos más notables, Federico González Suárez, fue consciente de ello al defender la *Verdad* como eje del "criterio histórico", y al hacer compatible su trabajo especializado con su activa y polémica participación política. Sus discípulos, que constituyeron el núcleo más importante de la gran tradición histórica ecuatoriana, fueron también el más notable ejemplo de la vinculación indisoluble entre la elaboración histórica y la definición política.

La elaboración histórica avanza, pues, con la sociedad, con sus contradicciones y sus luchas. La relación entre el historiador y el actor es

indisoluble. De allí que, junto a los grandes períodos de la sociedad; se hayan ido también gestando grandes períodos en el quehacer de los historiadores. En el Ecuador, la ya mencionada presencia de Federico González Suárez y sus discípulos es, indiscutiblemente, el caso más visible de la gestación de una escuela, de su maduración y vigencia temporal hasta no hace mucho. Lo que llamamos "historia tradicional" en el Ecuador es el movimiento inaugurado por el Arzobispo en plena Revolución Liberal, cuando el país enfrentaba la mayor transformación de su trayectoria republicana. En el reajuste del poder, la aristocracia latifundista tradicional y los sectores eclesiásticos que se movieron entre el enfrentamiento y el acuerdo con el liberalismo triunfante, perdieron amplios espacios del manejo ideológico, pero mantuvieron control sobre algunos elementos de la cultura, especialmente sobre la Historiografía. De allí que, aunque apareciera paradójico, en más de seis décadas de vigencia y consolidación del Estado Laico en el Siglo XX, nuestra "Historia Oficial" haya sido predominantemente conservadora y clerical.

Ya desde los propios años de su constitución, la historia tradicional conservadora ecuatoriana se vio confrontada por la obra de autores liberales y posteriormente socialistas, que hicieron una revisión crítica del período colonial, de la independencia y de los años de vigencia del Estado Oligárquico Terrateniente, al tiempo que defendieron el avance histórico de la revolución alfarista y el establecimiento del Estado Laico. Entre los pioneros y militantes del socialismo se encontraban quienes impulsaron el estudio de la realidad socio-económica del país, de la situación indígena y campesina. Entre ellos estaban también los primeros cronistas de la vida de las organizaciones populares y los iniciadores de la denuncia de la acción del capitalismo y el imperialismo en la vida de nuestro pueblo. Así fue surgiendo la necesidad de pasar de una concepción de la Historia que la reducía a las biografías de sus personajes salientes, a otra que tratara de escribir la "biografía del pueblo ecuatoriano"

Hacia finales de los años sesenta e inicio de los setenta comenzó a consolidarse en el Ecuador una nueva tendencia académica que buscaba la renovación de los estudios histórico gráficos. El hecho no era una simple coincidencia. Para entonces se había superado el debate liberal-conservador sobre laicismo del Estado y, en general, la sociedad ecuatoriana experimentaba un rápido salto de modernización que afectó también a las esferas culturales. Junto a la emergencia de nuevos sectores dominantes y de formas inéditas de consolidación de la dependencia imperialista, se fue

elevando también el nivel de organización y de lucha de las masas, en cuya presencia política pasó a ser referente fundamental la acción unitaria de las organizaciones representativas de los trabajadores.

Vista así la elaboración histórica, aparece nítidamente como una tarea comprometida. Se descubre de este modo la trampa de esos planteamientos pretendidamente científicos y asépticos que separan la visión del pasado, de la postura política. El trabajo histórico es más lúcido y más científico en la medida en que descubre sus propias determinaciones y asume conscientemente su compromiso frente a la realidad prevaleciente.

La Nueva Historia ha surgido, pues, en un contexto social específico y su producción debe juzgarse dentro de ese marco. Aunque no se puede hallar ni una orientación teórico-metodológica específica, ni una temática especialmente tratada, son fácilmente rastreables al menos dos bases comunes de trabajo. Se parte, en primer lugar, de la aceptación de que los protagonistas de la historia no son los individuos, sino los grupos (clases, etnias, sociedades). Se acepta, en segundo lugar, que el análisis de los fenómenos históricos parta de la consideración de la estructura económico-social. En este sentido, debe inscribirse el movimiento general en actitudes teórico- políticas, que van desde varias posiciones de izquierda hasta el reformismo. Luego de un primer momento en que especialistas de otras disciplinas hicieron Historia, ha ido apareciendo una nueva generación de historiadores profesionales que han consolidado ya la Nueva Historia como actividad científica. Desde luego que en este proceso de consolidación han jugado un importantísimo papel diversas instituciones académicas de varios lugares del país, que han promovido y apoyado el trabajo.

Al cabo de una década de producción, comenzó a sentirse la necesidad de sistematizar y divulgar los avances iniciales logrados. Esta obra se concibió y preparó justamente bajo esa demanda. *La Nueva Historia del Ecuador* justifica ese nombre porque se trata, ciertamente, de una nueva versión, porque incorpora gran cantidad de innovaciones técnicas, pero sobre todo porque aparece como expresión comprometida de la madurez de un nuevo proyecto social, amplio y pluralista, pero radicalmente innovador, que se abre paso en el Ecuador y América Latina.

2. Método de la obra

El conocimiento histórico y las formas de construirlo son objeto de intensa discusión teórica y también de activo debate ideológico. Estos

párrafos siguientes no son el lugar apropiado para enfrentar la cuestión, puesto que están destinados a esbozar brevemente los grandes temas y las opciones metodológicas de la *Nueva Historia del Ecuador*, pero ciertamente es pertinente la cita de un concepto de Pierre Vilar que expresa con gran nitidez la orientación básica de nuestra obra:

El objetivo de la historia no es "hacer revivir el pasado", sino comprenderlo. Para esto hay que desconfiar de los documentos brutos, de las supuestas experiencias vividas, de los juicios probables y relativos. Para hacer un trabajo de historiador no basta con hacer revivir una realidad política, sino que debe someterse un momento y una sociedad a un análisis de tipo científico.

Tratando de superar los límites del ensayismo y las manías de anticuarios, esta Historia ha sido preparada con el más riguroso criterio científico. Para ello, desde luego, ha habido que afrontar complejos desafíos metodológicos e introducir en la discusión una serie de categorías y conceptos que, si bien no son novedad del trabajo historiográfico, han demandado, dada la naturaleza de la obra, un tratamiento específico y un alcance general. Mencionaremos los más importantes.

Consolidando una línea metodológica ya seguida en América Latina y el Ecuador, la obra enfatiza la presencia de los actores colectivos del proceso histórico. Los grandes momentos de la vida de los pueblos no están ciertamente determinados por la acción individual, sino por la presencia protagónica de los grandes grupos humanos que los integran. La obra relievaa el origen, surgimiento, consolidación y disolución de las clases sociales, así como su presencia complementaria y contradictoria en la evolución histórica. Por otra parte no descuida un rasgo de primera magnitud en la vida de los pueblos andinos, que es la variable étnica. Para la historia tradicional, las comunidades aborígenes desaparecen de la escena con la conquista; nuestra historia mantiene la continuidad de su presencia protagónica a lo largo de todos los períodos, hasta el presente.

Asumiendo que los actores básicos de los procesos históricos son colectivos, los trabajos que integran la obra se asientan sobre la constatación de su causalidad compleja. Se ha tratado, por ello, de desterrar todo reduccionismo y todo mecanicismo. Esto, desde luego, no es incompatible, sino más bien condición de posibilidad, para que se organice el análisis a partir del estudio de las condiciones materiales objetivas. En todos los

períodos el tratamiento de la temática arranca de las condiciones económicas y estructura de la sociedad.

El estudio de las condiciones estructurales se complementa con el énfasis dado a la presentación de secuencias o sinopsis cronológicas de los eventos. Allí los actores individuales, los hechos, conflictos circunstanciales, las fechas y los lugares específicos completan el cuadro de la vida histórica dentro del marco general de las interrelaciones y determinaciones de las estructuras socio-económicas.

Las relaciones de poder, el carácter del Estado y sus aparatos, las manifestaciones ideológicas y artísticas, la cultura y demás formas de expresión ideológica tienen un espacio importante en esta *Nueva Historia*. Todas esas dimensiones de la realidad, empero, no se afrontan en términos aislados, sino referidos a las condiciones estructurales y, además, en particular conexión con el enfrentamiento de la cuestión nacional. Cómo el Ecuador se constituye en la nación heterogénea que hoy conocemos es uno de los temas medulares de esta obra.

Un trabajo que pretenda ser de veras la historia de un pueblo debe privilegiar el conocimiento de sus amplios grupos constitutivos. La obra dedica varios capítulos al estudio del origen y desarrollo de la organización popular en sus diversas manifestaciones. Por otra parte, presenta también una secuencia expositiva sobre la evolución de la familia y la vida cotidiana. Esta temática, tratada tan sólo marginalmente desde la Historia de González Suárez, que fue su gran cultor, se integra ahora en la perspectiva del conjunto.

Ha sido una constante de nuestros trabajos históricos agotar el análisis dentro de los límites del país, adjudicando la causalidad de los fenómenos a realidades exclusivas de orden interno. Cuando se ha mencionado la intervención externa ha sido en forma episódica, casi siempre respecto de conflictos fronterizos. Siguiendo las pautas de la nueva corriente histórico gráfica ecuatoriana, esta obra enfatiza la incidencia del marco internacional. Desde la expansión de los pueblos andinos antes de la invasión incaica, hasta la inserción en el sistema capitalista y la acción del imperialismo, la evolución del país se encuadra en el amplio escenario americano y mundial.

La *Nueva Historia del Ecuador* ha podido aprovechar las ventajas, enfrentando al mismo tiempo varias de las limitaciones, de las obras escritas en forma colectiva. Logra integrar en un esquema de conjunto, los aportes

especializados de académicos con experiencia investigativa y docente en los más diversos temas. El persistente peligro de la dispersión ha sido enfrentado mediante la discusión amplia y sistemática. De este modo no sólo se ha logrado dar al trabajo una coherencia fundamental, sino que se ha promovido espacios de debate sobre temas importantes de la historiografía ecuatoriana.

Aprovechando el gran esfuerzo multidisciplinario realizado, se ha tratado al mismo tiempo de dar a la obra un carácter básico y una perspectiva historiográfica consistente, que no solamente mantengan su unidad, sino que inscriban al conjunto en el género histórico. Para ello se ha buscado un equilibrio entre las aportaciones teóricas y de interpretación general y la exposición factual y de temas especializados. A lo largo de sus tomos y capítulos se hace uso extensivo y sistemático de una amplia base de información documental y material de investigación empírica.

El establecimiento de una periodización fue, sin duda, el punto que mayor esfuerzo demandó en la preparación de la Historia. La propuesta final que se publica sufrió una larga evolución en medio de la cual se fue enriqueciendo y completando una propuesta de trabajo inicial formulada por el Comité Editorial. Los hitos que dividen los períodos establecidos no tiene que ver con las tradicionales concepciones que relievan los eventos formales o la presunta influencia de caudillos o "personalidades fuertes"; son más bien aquellos que marcan los grandes cambios de la estructura de la sociedad. Hay, por otra parte, una innovación en la propia conceptualización de cada período. El volumen inicial, por ejemplo, dedicado al Período Aborigen, reivindica su historicidad, contra la visión tradicional que lo ubica en el limbo de la "Prehistoria", haciendo gala de deformaciones ideológicas mal disimuladas.

La necesidad de división de la obra en tomos y a su vez éstos, cuando es pertinente, en partes, dificulta un tanto el manejo de la periodización. Sin embargo, nunca las demandas de espacio o de aparición han prevalecido sobre los contenidos. Podemos, por ello, ofrecer al público un trabajo en cuya preparación y edición, los criterios básicos han sido estrictamente científicos y académicos.

3. Historia de esta Historia

Esta no es una obra fortuita de la Corporación Editora Nacional. Todo lo contrario, es un programa editorial largamente madurado y entusiastamente respaldado en todas sus fases de preparación. Se trata pues, de un genuino producto de la vocación institucional definida desde los primeros tiempos de su trayectoria, por ese personaje de la cultura ecuatoriana que fue Hernán Malo González.

Desde su establecimiento bajo la presidencia de Malo, la Corporación, como entidad cultural sin finalidad de lucro, ha dedicado sus esfuerzos a rescatar los valores de nuestra cultura nacional, a promover su desarrollo y difusión, manteniendo para ello un clima de apertura y pluralismo, al mismo tiempo que un compromiso inquebrantable con la transformación del Ecuador. Desde sus inicios esta *Historia* fue alentada por Hernán Malo. El usó todo su esfuerzo de gestión y toda su capacidad de convocatoria para que se pusiera en marcha. Murió antes de verla en manos del público. Su publicación no puede menos que ser homenaje a su memoria y compromiso de continuar la labor que él inició.

En 1981, la Corporación Editora Nacional resolvió publicarla Biblioteca de Historia Ecuatoriana. Para ello designó un Comité Editorial encargado de dirigir el programa. En las discusiones se constató la necesidad de una nueva visión general de nuestra Historia y fue surgiendo la idea de prepararla. Al cabo de varias reuniones e intercambios de ideas, surgió un documento inicial. Con esta base la Corporación resolvió iniciar el programa y amplió ese Comité Editorial con otras personas.

A fines de 1982 se contaba ya con el plan general de la obra y una lista de eventuales colaboradores. Al cabo de sucesivas discusiones, el plan fue completándose y enriqueciéndose hasta su versión última. El Comité Editorial, con criterio de enorme amplitud, propuso la elaboración de los artículos previstos a aquellos académicos que mejores garantías de solvencia daban para el trabajo. Preciso es reconocer que la iniciativa de la *Historia* despertó enorme interés en todos los sectores y que la aceptación de participar fue masiva, muy pocas fueron las personas que se excusaron de escribir un artículo, o que al final no lo entregaron, teniendo que ser reemplazadas.

Como se previó que la elaboración de una obra de la magnitud de la presente requería de amplia discusión y coordinación, se estableció un nutrido calendario de reuniones. Dos de ellas congregaron a todos los

autores y colaboradores. En repetidas oportunidades, a lo largo de los diversos pasos de preparación, se efectuaron reuniones por período, por volumen o por temática específica. En muchos casos se hizo necesario un encuentro entre dos o más autores para hacer compatibles los contenidos de artículos secuenciales. A veces, el esquema de un artículo propuesto por su eventual autor se discutió con los demás del período o en el seno del Comité Editorial. Con todo ello, queda la garantía de que las ideas fundamentales que la Historia propone son fruto de una amplia elaboración colectiva. Así lo han entendido los colaboradores, algunos de los cuales son protagonistas de los inicios del movimiento de renovación histórica que esta obra condensa. Esta Nueva Historia, es también un homenaje a quienes realizaron trabajos pioneros, muy especialmente a Fernando Velase o Abad, entrañable compañero y amigo cuya obra académica y política significó un hito en las Ciencias Sociales y en la lucha del pueblo ecuatoriano por su liberación.

La preparación de esta obra demandó la producción de numerosos materiales auxiliares y complementarios, que también se ofrecerán al público lector. Buena parte de la graficación ha sido diseñada exprefeso para la Nueva Historia y quiere ir más allá de la tradicional "ilustración". Una rica colección de documentos de nuestra Historia aparece en un volumen completo. Otro volumen íntegro se dedica a una cronología expresamente preparada para esta obra por el Taller de Estudios Históricos.

La decisión de coeditar la *Nueva Historia del Ecuador* con Editorial Grijalbo obedece a varias motivaciones. La primera tiene que ver con la necesidad de garantizar la calidad en la presentación de la obra y su adecuado financiamiento. La segunda es la garantía de amplia distribución dentro del país y en el exterior que ofrece una empresa seria con una experiencia de diez años en el Ecuador. Y la tercera, ciertamente la más importante, es la coincidencia de la vocación institucional de la Corporación con una trayectoria progresista en la difusión de las Ciencias Sociales que mantiene Grijalbo. La empresa común que supone presentar al público esta obra la asumimos, pues, con una base bastante más amplia que el mero acuerdo de comercialización.

